



Comisión Pro Semana Santa de Cáceres

PREGÓN *de la* *Semana Santa 1978*

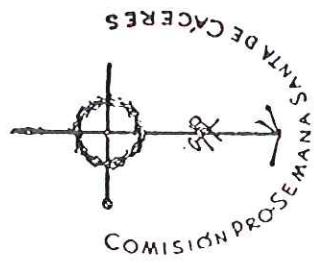


MARIANO MARIÑO FERNÁNDEZ

Cáceres, Cuaresma de 1978

MARIANO MARIÑO FERNANDEZ

P R E G O N
D E L A
S E M A N A S A N T A C A C E R E Ñ A



Abril, 1978

Excma. Diputación Provincial
Servicios Culturales
CÁCERES

Ilustrativo

Excmo. Diputación Provincial
a través de sus
Servicios Culturales
edita este volumen como
ofrenda y cooperación a la
Semana Santa Cacereña

al
Pregón de la Semana Santa
1978

Depósito Legal CC - 321 - 1978

Imprenta Provincial. — Avenida de Hernán Cortés, 6. — Cáceres

1.º Abril

*Presentar a D. Mariano Mariño en Cáceres.
es tan osado como si un extraño pretendiera
presentar a un padre en el seno de su familia.
Digo esto, porque, aun cuando nació en Tru-
jillo hace 52 años, desde 1945, en que ingresó
como Auxiliar en la Delegación de Hacienda de
Cáceres, ha venido desempeñando en esta ciu-
dad una serie de cargos, los cuales, amén de su
profesión de abogado, hacen del conferenciente
de esta noche uno de los hombres más conoci-
dos del pueblo cacereño.*

*Son tan numerosos los cargos públicos de-
sempeñados por él, que sería prolijá una enu-
meración exhaustiva. Entre ellos podríamos ci-
tar los de:*

*—Secretario - Administrador de la Jefatura
Provincial de Sanidad.*

*—Tesorero y Secretario 2º de la Junta de
Gobierno del Ilustre Colegio de Abogados.*

—Consejero de la Región Centro de la Compañía Telefónica Nacional de España.
—Consejero del Instituto Nacional de Previsión, por designación ministerial.
—Delegado Provincial del Ministerio de la Vivienda.

—Decano del Ilustre Colegio de Abogados, de Cáceres, desde 14-1-1978.

* * *

Mas, pienso que si a la Comisión pro-Semana Santa se le ocurrió el nombre de MARIANO MARIÑO para ponente de este pregón, no ha sido por ninguno de estos títulos. Ni aún por los estrictamente religiosos o apostólicos, como el de ser Vocal de la Junta Directiva de la Real Comarca de Nuestra Señora de la Montaña o el de haber sido, durante más de diez años, Propagandista del Consejo Diocesano de los Jóvenes de A. C. Sería mezclar los honores humanos, aunque estén totalmente merecidos, con algo tan noble como es Jesucristo Resucitado.

Los únicos títulos tenidos en cuenta han sido Los de ser cristiano y conocedor del pueblo cacereno.

Por eso en sus palabras, poéticas unas veces y filosóficas otras, pero siempre construidas a la manera de un filólogo profesional, irá cantando, cual humilde publicano que se reconoce pecador, el gran misterio de Jesús, el Hombre Dios que padece, muere y resuila.

No viene a hablar del Jesús histórico, de ese taumaturgo lleno de virtudes que pasó haciendo el bien, admirado por amigos y enemigos, recibiendo del historiador Flavio Josefo la mayor alabanza que a hombre alguno puede darse: «si es que puede llamarse hombre».

Viene a hablarnos del Jesús que vive, que está en medio de nosotros compartiendo nuestra propia vida. Viene a pregonar la gran maravilla, propiedad exclusiva de Dios, de cómo Jesús dio y sigue dando vida con su muerte y por su muerte.

Hablar de Jesús desde esta perspectiva, no es posible sino partiendo de una fe, de una aceptación de la persona del Señor y un deseo de vivir su propia vida. Esto es ser cristiano.

* * *

También exhibe Mariano Mariño otro título importantísimo: el de **conocedor del pueblo cacereno**.

Nacido en estas tierras y, debido a su profesión y a los distintos campos de trabajo en que ha ido consumiendo su vida, sabe mucho de los dolores y sufrimientos de los hombres que nos ha tocado vivir en Extremadura.

El ha visto cómo a Cáceres, salvadas las distancias metafóricas, se la ha ido azolando, corriendo de espinas, crucificando hasta, cual Jesús, quedarse deshecha y rota. Cristo en la cruz era la irrisión y la burla de los judíos, que clamaban: «Si eres el hijo de Dios, bájate de la cruz». «A otros ha salvado y ahora te ves tú desnudo y sin fuerzas, desangrado».

Cáceres es también la irrisión, en cierta manera, de España. Puede exhibir el título de ocupar el último puesto en la Renta Nacional; de presentar una población envejecida, porque la emigración ha desangrado nuestros pueblos, arrancándoles los hombres más jóvenes, yendo a dar su productividad a otras tierras. De ahí que también se pueda decir del pueblo cacereño: «A otros ha salvado y no puede salvarse a sí mismo».

Porque Cáceres está así y la vida religiosa es expresión de la vivencia humana, es por lo que, como nos dirá el conferenciente, la Semana Santa cacereña es severa y seria. Pero, severidad y seriedad no significa, a mi

entender, derrotismo, sino reflexión. El pueblo cacereño es reflexivo, conoce la realidad, pero, por ser un pueblo con fe, vive en la esperanza de su resurrección.

La Semana Santa cacereña es una expresión de fe: la fe en Jesús que muere para dar vida. Esta fe es la que está ayudando a los creyentes a luchar por un Cáceres mejor, más desarrollado, más justo, ya que la fuerza del Resucitado está alejando nuestra firme esperanza en un futuro mejor.

Porque la Resurrección es un dinamismo creador que apunta siempre hacia adelante; un empuje que arrastra al mundo hacia la total renovación, es por lo que la Resurrección de Jesús vivida con autenticidad, nos dará fuerzas para luchar por la renovación de nuestro pueblo. Esto es, señoras y señores, lo que, abierta o veladamente, nos va a decir D. Mariano Mariño en las palabras que va a pronunciar a continuación.

Mariano, tienes la palabra.

Juan Manuel Cuadrado Ceballos

Cáceres, 16 marzo 1978.

Pregón

de la

Semana Santa Cacería

1978

1º Abril

Excmo. y Revdmo. Sr. Obispo,
Ilustre Comisión Pro Semana-Santa.
Reales Cofradías cacereñas,
Ilmos. Señores. Señoras y Señores.
Amigos todos:

Gracias. Muchas gracias, querido presentador de este humilde vocero que hoy trata nada menos que de pregonar a la Semana Santa Cacereña. Gracias, muchas gracias, a los miembros de la Comisión Pro Semana Santa, tan benemérita de este Cáceres nuestro.

Gracias por los conceptos vertidos por nuestro querido Rector del Seminario Mayor diocesano que en aras de su benevolencia ha

podido revestir la humilde persona que internta hoy labor tan hermosa con tan escasos méritos.

Dejaría de ser sincero si no os dijese, ya mismo, que cuando se me comunicó por la Comisión Pro Semana Santa el encargo de este pregón, la primera sensación de mi espíritu fue sentir en verticalidad la responsabilidad que entrañaba constituir un jalón más en la lista de insignes personalidades que han pasado por esta tribuna. Creo no pecar de hipocresia, porque es quizás el único pecado que no recaudo, si os digo que se me planteaba una difícil disyuntiva. Por una parte el justificado temor de defraudarlos. Por la otra, la ingratitud que supondría no prestar mi colaboración a un acto tan hermoso, al servicio de Dios y de esta entrañable Ciudad de Cáceres, a la que todo se lo debo. Soy un cacereño, nacido en la hermosa Ciudad de Trujillo, que en 52 años de existencia ha vivido 43 en esta Ciudad. Muchos me consideráis un caceriano de toda la vida, y así es. Apenas llegado a esta Ciudad tuve la gran dicha de entrar a formar parte, como pequeño aspirante, de aquella Acción Católica de nuestro Don Ávelino López de Castro, y el Ilustre Obispo Barbadío Viejo. Desde entonces han pasado

muchas cosas en nuestra Nación y en nuestra Ciudad Cáceres.

Todo menos olvidar esa formación de espiritualidad recibida en la Cuesta de la Compañía, en el Palacio de la Generala, en el aire fresco y limpio de nuestro peregrinar. Todo ha pasado menos olvidar el Camino que nos enseñaron, con su ejemplo, tantos amigos, compañeros peregrinos, que ya comparecieron ante el juicio definitivo de Dios, que llegaron al final del sendero que es una Patria sin complicadas Instituciones, porque allí está la Verdad.

Declinar, pues, el encargo, suponía para mí, poco menos que una traición a mi propio historial de católico y de cacereño.

Y aquí comparecemos, queridos amigos, con el título de Pregonero de la Semana Santa Cáceres. Tal es el título, más no la realidad misma de nuestro empeño. El Pregón es una oración en alta voz para que se conozcan hechos que conviene que todos sepan, y, naturalmente, el Drama de la Pasión de Jesús novoy a tener la petulante pretensión de hacerla conocer, porque todos la conoceis y la vivís con el espíritu tenso de los hijos de Dios

Mas si no es un pregón, cuál es nuestra pretensión. Una que está por encima de nuestras

tras posibilidades. Pretendemos que sea un canto a la Semana Santa de un pueblo, gracias a Dios, católico, que no necesita que se le enseñe la grandeza histórica y espiritual de la Muerte del Salvador. La pena es que no os habla un poeta.

Hemos aprendido, y ese es nuestro estilo, no sabemos si viejo, pero permanente, que la vida del cristiano es un peregrinar constante hacia la Tierra prometida. El cristiano es un peregrino del ideal. El estilo peregrinante de la Iglesia, no sólo tiene sus raíces históricas inconmovibles, es que Jesús es el gran caminante de todos los caminos humanos, infatigable peregrino, de tres largos años de fatigas y de polvo. Jesús invitaba a seguirlo. A nadie dijo «Espérame». A muchos dijo «Sígueme». Y este estilo peregrinante de todos los caminos, ha llenado de canciones, de tonadas, ciudas las aldeas de las rutas, las tranquilas ciudades confiadas y los valles silenciosos con sus ecos. Hoy ya no se sabe cantar, hay discos y gramolas. Nos enseñan a ser Ingenieros, Abogados, Médicos o Carpinteros. No enseñan a cantar porque no se dice que detrás de la muerte y de los sueños, cuando entremos a ser definitivamente, no habrá ya Ingenieros, ni Abogados ni Médicos, todos cantaremos

en una profesión única e inacabada para siempre y ante Dios.

Dice González de Cardenal que una Comunidad creyente que no profiere himnos a su Señor, en espera de que la historia crítica haya resuelto todos los problemas, es una congregación de ilustrados más que una comunidad de redimidos. «Yo os daré mi gozo y nadie os lo podrá quitar», dijo el Señor. Por ello preferiría un canto a título de pregón.

SEMANA SANTA CACERENÀ

Semana Santa Cacerenà. No Semana Santa de Cáceres. Esta primera distinción es una de las notas singulares de nuestra forma de entrar en el Drama de la Pasión del Señor. ¿Por qué cacerenà y no de Cáceres? Todo en Cáceres ha de ser cacereno.

Semana Santa Cacerenà. Mirad: Decía Floriano que nuestra Semana Mayor no es ni andaluza ni de la Meseta. Es peculiar. Tiene su propia estimación, su propia denominación, singularísima y a la vez avara de su esencia.

Cáceres, por su hidalgía, no es el horizonte roto para concentrarse en sí misma. Es

ciudad del abrazo fraternal sin límites. Un poeta dijo estos versos laudatorios a su alma máter.

Si el mundo llamar quisiera
las cosas como debía,
a tí debiera llamarte
¡Cáceres de la hidalguía!

A esta Ciudad Bimilenaria, que ha conocido tantas civilizaciones sobre su solar, no le cuadra a su estilo ni a su historia ser excluyente de nada ni de nadie. Es hidalga, matrona recogedora de hijos y de entusiasmos. Sin embargo, hay algo que pone de relieve esa especial manera de llamar a sus cosas más sagradas. Y de ahí la acepción del cacereñismo. Cáceres es humilde y sencillo, pero avaro. Cáceres se presenta tan de sus tradiciones. Cáceres se parece sentir pudor de ser modestamente que parece sentir pudor de ser Capitalidad de tan dilatado territorio. Su propia sencillez le hace concentrarse en las esencias de su ser, forjándose celadora de sus tradiciones, de su fe y de su esperanza. Hasta 1229 en que los leoneses entraron definitivamente en la Ciudad, fueron muchas sus luchas, sus sacrificios y su martirio en defensa de la fe, en lenta etapa de decenios, en que se fueron cristianizando su genio, su cultura, su

sangre y su tierra, al tener la situación de extrema o frontera de las guerras entre cristianos y árabes. Por ello su ininterrompida vida cristiana, desde 1229, hizo nacer en el corazón de sus hijos una a especie de manera sui generis de manifestar sus sentimientos. Y su Semana Mayor, su Semana Santa, con el nacimiento de sus antiquísimas Cofradías, el inicio de sus procesiones severas, sus rigurosos Estatutos hoy conservados, crearon unas tradiciones y unos sentimientos, una especial manera de expresar sus viejas creencias que, severamente, seriamente, ha venido manteniendo, incluso geográficamente, en un recinto fuerte como sus linajes. Y de generación en generación, de padres a hijos y de hijos a nietos, ha ido proyectando su forma de ser y creer, sin fisuras, sin aperturas modernistas, como regalo precioso guardado en el arca de su fe. Y lo mismo que hace siglos, de igual forma con la misma hondura, se sigue al Señor en su Pasión, se cantan himnos a María de la Montaña, se lleva al recién nacido a la Iglesia y se besa el Pan de San Cayetano en su altar de Santa María. Esa riqueza de estilo, esa tremenda fuerza de su tradición conservada entre las murallas y extramuros, con sus viejas calles y plazas, constituye eso tan inde-

finible, pero palpable para los ojos del alma, que es el cacereñismo de los hijos de esta tierra que siempre llamaron a su Semana Mayor SEMANA SANTA CACEREA, no Semana Santa de Cáceres, porque lo cacereño es la quintaesencia de un alma colectiva no fundible con la objetiva expresión de un lugar en la geografía

Y Cáceres entra en la Semana del Señor, con sus siete Cofradías penitenciales, año tras año, como el canto grande de una fe heredada de nuestros Concilios toledanos del siglo VI que precisaron las fórmulas de fe que habían de adoptar todas las Iglesias, al filo de estas verdades esenciales:

Y Cáceres sabe que...

... En Cristo se realiza el encuentro con Dios, predicho por los profetas. Con Cristo vino el desvelamiento de la realidad total y última al hombre y la reconciliación amorosa del hombre con Dios ha tenido lugar en Cristo, que con su advenimiento al mundo nos dio la verdad y la gracia en plenitud. Porque Cristo es el acontecer mismo de la Verdad en la Patria de la mortalidad y limitación huma-

nas Y la verdad se ha manifestado haciendo-
se el Verbo carne. Se forjó con él la universal
esperanza de ver a Dios.

Pero Jesús sería la contradicción de lo humano, en muchos de sus aspectos. No era ni un Rey de la tierra ni un caudillo victorioso. Era el humilde nacido en una choza de Belén, en la mayor pobreza humana. Y siendo Dios, sin perjuicio de su humanidad, sería en los tres años de su vida pública motivo de contradicción. Y hasta sus discípulos creyeron, con su mente terrena y corta, que les daría el reino prometido en el orden temporal y mun-
dano. Con su Pasión y Muerte hubo de dar testimonio pleno de su realaleza divina y del sufrimiento humano.

Y Cáceres sabe que:

... Las etapas de la fe y la purificación que fue predicando Cristo en sus tres años de vida pública. «Amad a vuestros enemigos, bendedic a los que os maldicen». «Bienaventurados los pobres de espíritu, los mansos los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacíficos, los que padecen persecución por la justicia». Toda su predicación que constituía la Nueva Ley del Amor, necesitaba tener como último acto el ofrecimiento de su vida en la

más espantosa de las muertes conocidas.

Con estas verdades como soporte de la fe,
comienza la Semana Mayor cristiana en el
Domingo de Ramos.

Jesús hacia su camino entre Betania y la
Ciudad Santa, para su único día de triunfo.
Era el pórtico de su Pasión y Muerte
Cinco siglos antes lo había dicho un pro-
feta:

«Alégrate, hija de Sión;
lanza gritos de júbilo, hija de Jerusa-
lén;

he aquí a tu Rey, a tí viene
humilde y montado en una asna y su
[pollino].

las grandes enseñanzas, como el Sermón de la Montaña, como la Transfiguración, como ahora que llora sobre Jerusalén el Señor, como el día de su Ascensión al Padre. Siempre eligió Cristo, hasta para la Oración, la montaña y la altura como si quisiera en el gesto, en su tremenda humildad, contemplar la tierra y divisar sus horizontes para abrazar aún más a la humanidad.

Con palmas hace su entrada también Jesús, sobre el asno, en la Ciudad de Cáceres que, la Cofradía de los Ramos, quizás acorde con su no mucha antigüedad, hace desfilar por la Ciudad nueva, por las Avenidas amplias, para que el abrazo al sol de la mañana, sea extenso, amplio, horizontal, con un Hosanna de voces nuevas. Así recuerda esta Cofradía Penitencial que el camino de la entrada en Jerusalén viene de lejos, que no se radicó en la Ciudad, sino que tuvo que atravesar caminos polvorrientos, caminos pedregosos, olivares y viñedos. Es una manifestación de alegría por la grandeza del triunfo que prepara la Vía Dolorosa que el Padre tenía señalado y Jesús abrazado para salvar a la humanidad entera.

Por eso, antes de dirigirse al Templo, el Maestro llora ante la maravillosa visión de la el día al infinito, ascendió el cortejo al Olivar. Siempre los Montes y la Montaña para vete. Siempre

Ciudad Santa: ¡Ay, si conocieses también tú, por lo menos en este tu día, lo que puede traerte la paz! Predice la destrucción de Jerusalén, y siente sagrada pena de los hijos de aquel lugar.

Y las alabanzas que ya profetizó el salmo octavo de David, no causan en Jesús más que la tristeza. Llora sobre Jerusalén, Ciudad de su martirio. Llora porque sabe que cuando vaya al Templo, las voces de alabanza cesarán ante los Sumos Sacerdotes, ante los Escribas y fariseos, ante el Templo orgulloso que es suntuoso cubil de sus enemigos. Allí ante los omnipotentes doctores, callan las gentes. ¿Cómo pueden cantar himnos a quien declará bienaventurados a los perseguidos por la norma opresiva de los que dicen encarnar la Justicia y son el oprobio y la infamia? En el patio de los Gentiles, antes de regresar a Betania Jesús se conturba porque sabe su próxima muerte y exclama: «¡Padre, librame de esta hora! Mas, por ello he llegado a esta hora. ¡Padre, glorifica tu santo nombre!» La humana naturaleza de Cristo se acongoja precisamente al final del único día de triunfo popular de su largo camino. Sabe lo que son las masas, de cómo ha de estar solo en su infinito dolor. Sabe que tras de las mu-

rallas y torreones de la Ciudad Santa se está fraguando su prendimiento y su calvario. El domingo de Ramos significa el antagonismo entre los gritos de alabanza del exterior y el dolor íntimo que acongoja al Salvador.

LA PASIÓN

El mandamiento del amor y las bienaventuranzas responden a las preguntas más agrias del vivir y responden con una paradoja. Son una trasposición a programa humano de lo que es la experiencia de Jesús Hijo ante el Padre y ante los hombres. El Sermón de la Montaña sólo es legible e inteligible a la luz de la muerte de Jesús. Allí es el verdadero manto de corazón, el que ha sufrido por la justicia, el verdadero pobre, el solidario universal, con su entrega por amor a los demás. Mientras todos le entregan —Judas al Sanedrin, éste a Pilatos, Pilatos a los verdugos, los discípulos al abandono, el pueblo a la muerte— mientras todos le entregan sólo a él, él solo se entrega por todos. Tal es la última expresión de la Pasión de Cristo: Su entrega

La entrega comienza en la Pascua, conmemoración de la salida de Egipto. Todo queda

atrás en Betania cuando Jesús se reúne con sus doce discípulos para la cena pascual.

Con el reparto del pan y del vino instituye la Eucaristía, el alimento espiritual. «Tomad y comed que éste es mi Cuerpo». «Bebed todos de él porque ésta es mi sangre». Una sangre distinta de la vertida por Moisés sobre su pueblo, una sangre de libertador divino, que se iba a regar sobre las frías losas de los patios de los Palacios, sobre las calles angostas de Jerusalén, sobre el camino sucio y pedregoso de su caminar, sobre una Cruz en el Monte Gólgota

Aún habría de darles Jesús a sus discípulos las enseñanzas de la despedida, sobre todo estas palabras: El precepto mío es: que os améis unos a otros, como yo os he amado a vosotros.

JUEVES SANTO

Una muy antigua Cofradía cacereña, fundada en 1521, la Ilustre y Real Cofradía de la Santa Vera Cruz, cuyos documentos son la historia espiritual de la Ciudad, sale la tarde del Jueves Santo de la Parroquia de San Matheo, ese Templo edificado sobre una mezquita, y que preside la cúspide de nuestro Barrio

monumental, con sus túnicas moradas y su seriedad habitual para testimoniar a los cacerenos, con sus pasos, el inicio de la agonía del Salvador, su prendimiento, sus azotes a manos de los soldados romanos y el Dolor de la Madre con el paso de su Dolorosa de la Cruz.

Jesús en el huerto de Getsemani es la estampa de la redención, con el tinte de su naturaleza humana. Antes de llegar, caminando por el Valle había dicho a sus discípulos: «Todos seréis escandalizados en mí esta noche, porque escrito está: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas».

Porque la Oración de Jesús, solo, en el huerto del pie del monte Olivete es la oración de su agonía. Con las rodillas en tierra, como representa nuestro Paso del Jueves Santo, el Señor llora «Mi alma está triste hasta la muerte», dice a sus discípulos.

Getsemani es la soledad del infinito, la soledad de la agonía, la contemplación anticipada de su martirio, mientras todos duermen, mientras el silencio está en el cielo y en tierra llorando, la estampa de la Oración del Huerto es la síntesis de toda la Pasión, es eje central del dolor de Cristo, en su naturaleza humana, y el mundo de los siglos ha conteni-



plado este dolor y las imágenes de nuestras procesiones de la Oración del Huerto llevan el aire grave de la angustia del Salvador. El beso del traidor, el prendimiento, y Jesús sale de Getsemani preso y maniatado como un delincuente. Comienza la peregrinación que termina en el Gólgota. Y la Dolorosa de la Cruz, tan amorosamente llevada en nuestro Jueves Santo, presenta a los cacerenos a la Madre Corredentora del género humano. Tiene la Virgen el semblante del dolor mano. Tiene la expresión que sublimiza la pena. El color de la Virgen Dolorosa, a hombros de los hermanos de carga, parece tener un especial atractivo de delicadeza hasta en su caminar por las calles viejas del Cáceres inmortal. Y las madres levantan a sus hijos a su paso, y los niños y mayores sienten la congoja de la Madre dolorida, que tiene al fruto de sus entrañas, al que sólo predicó el amor, en la espeluznante situación a que le lleva su misión divina. Dijo un poeta:

«Tiene una pena esta Virgen
tiene una pena tan grande
que no hay pena entre las penas
con que pueda compararse.
¡Pena tan alta y tan pura
que sólo la mide Cáceres!

Ya la tarde del Miércoles Santo ha desfilado Nuestra Señora de la Esperanza. La Virgen de la Esperanza que sale de la Parroquia de San Juan. Cofradía de los Ramos, Cristo de la Buena Muerte y Nuestra Señora de la Esperanza.

Advocación hermosa que los siglos repiten: La fe en su Hijo y la esperanza en la salvación. ¡Virgen de la Esperanza de Cáceres! Con su palio en fragancia de flores, las luces tintinean su delicado andar. Con su expresión juvenil, sus ojos de paz que parecen abrazarlo todo, tiene la dulzura, la pureza y la serenidad maternal ensalzada en su manto grande como su dolor de madre tras del Cristo de la Buena Muerte. Esa esplendente ternura de belleza humana de nuestra Esperanza proclama a sus hijos que la esperanza y la fe son, con la caridad, virtudes humanas de este caminar terreno, porque donde Ella está con su Hijo ya sólo hay Amor y Verdad.

Los cacereños, a su paso, como dijo el poeta Cordero la están diciendo:

«María, aquí me tienes
sin velos en el alma
remiso y tembloroso.»

Como tembloroso es el rítmico paso que llevan esos hermanos de carga que con santa audacia te sacan de la Iglesia por portada que se hizo a tu medida, justa y sin sobras, por lo que año tras año se repite el consejo del vate al capataz:

¡Sin que se vea levantarse
solo al mando de mi voz!
¡Como si en vez de los hombros
la elevase el corazón!
¡Sin que se roce un varal!
¡Sin que se mueva una flor!

EL PROCESO

Las turbas compuestas por la peor gentuza que bulle y prospera alrededor del Templo, asalariada del Sanedrín, llevan preso a Jesús de Nazaret, desde el Huerto de Getsemani hasta la Casa de Anás, saduceo, jefe de una de las más opulentas familias del patriciado sacerdotal, y aunque depuesto del pontificado, había llevado a su yerno Caifás al puesto preeminent. Interrogá a Jesús y manda entregarlo a su yerno Caifás, que con gran parte de los miembros del Sanedrín constituyó el tribunal que había de juzgar al Justo. Allí co-

mienza la lección de silencio y mansedumbre. Sólo responde a la pregunta de si es el Hijo de Dios. Es a la mañana siguiente cuando la Alta Asamblea vuelve a reunirse sin faltar ninguno de los miembros del Consejo. Y nuevamente la pregunta sobre si es el Hijo de Dios. Nueva afirmación y Jesús aparece llevado por el Sanedrín ante Pilatos, el gobernador romano. Era el poder ejecutivo de Roma.

Durante la jornada anterior pudo comprobar Jesús las tres negaciones de Simón, las injurias, los insultos, las bofetadas. Allí se dio testimonio de la mansedumbre predicada en el Sermón de la Montaña.

Pilatos, el poder romano, al no encontrar motivo de condena, y oír a los acusadores que desde Galilea tienen soliviantado al pueblo, lo remite a Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, quien con vestidura blanca lo devuelve a Pilatos. Una y otra vez afirma no encontrar ningún delito de los que se le acusa. Pero la plebe preparada por el Sanedrín, pedia la muerte del Justo. Fue brutalmente azotado, sin una sola queja; le fue puesta una corona de espinas. Fue insultado con gritos de ¡Salve Rey de los Judíos! Jesús callaba. Fue presentado al pueblo «Ecce homo» (He

aquí al hombre). Los gritos de ¡Crucifícale! aturdían aquel proceso al aire libre.

«Tomadle allá vosotros y crucificarle, que yo no hallo en él crimen», señaló Pilatos. Gritaban los escribas y fariseos fuera de sí, amenazando la situación del gobernador romano. «Si le sueltas no eres amigo del César, pues cualquiera que se hace Rey contradice al César».

Entregado para que fuera crucificado, terminó el proceso de Jesús y su enseñanza para la humanidad.

Las razones políticas eran más eficaces que la Justicia. Pilatos, no obstante las advertencias de su mujer había de entregar al Justo a la más infamante de las muertes, lavando extenamente la gravedad de la injusticia.

El proceso de Jesús puso de manifiesto la cobardía de los hombres. Pilatos tenía miedo de cometer injusticias, tenía miedo de contradecir a su mujer, miedo de dar satisfacción a sus enemigos judíos, miedo de librar a Jesús, miedo de mandar a sus tropas para dispersar aquel rebaño gruñidor e infame. He aquí la lección de que los convencionalismos en la Justicia conducen a la injusticia. Pilatos trajo a uno de los dioses romanos: al De-recho.

Jesús enseñó, en su proceso, la mansedumbre, la pobreza, la limpieza de corazón que predicó en el sermón de la Montaña. Mansedumbre que ya mostró en el momento de su prendimiento obligando a guardar la espada de los decididos.

El proceso de Jesús, y por eso estaba así profetizado y concebido por el Padre, enseña por los siglos cómo serán bienaventurados los que padecen persecución por la Justicia, canta a los vientos de la Historia la virtud de la paciencia cuando la fe en el premio infinito mueve montañas.

Jesús sabía del olvido de los hombres, de su falta de enteriza, y quiso enseñarnos las tres negaciones del discípulo predilecto.

Muestra la flagelación callada en nuestra procesión del Jueves Santo, para que pueda comprenderse hasta dónde llega el amor, el espíritu de sufrimiento sin rencor, perdonando. porque, en definitiva, su lección de Amor comienza con el Nacimiento y termina en el Gólgota.

El proceso de Jesús nos muestra que la reacción de todos los protagonistas responde a una misma actitud interior: El miedo a perderlo todo y la incapacidad para esperarlo todo de él. Y él, conocedor del corazón del hom-

bre no se vuelve contra quienes le entregan sino «entregándose». La última lección del proceso es que hay que comprender la trágica situación de sus contemporáneos y prolongando la actitud de Jesús no hay que reclamar responsabilidad a nadie. Sólo el Padre puede hacerlo.

Entregado el Salvador a sus verdugos, siendo ya humanamente imposible soportar más oprobio, es cargado con la cruz de madera su cuerpo amarratado, debilitado por la sangre del martirio, abatido por el terrible peso que aplastaba sus hombros. Un piquete de soldados al mando de un Centurión daban escolta al condenado. Empieza la Vía Dolorosa, para el divino Reo, por las vias estrechas y retorcidas de la ciudad. Caía y a empellones, a golpes de látigo había de levantarse. Tuvo que presenciar el rostro blanco la angustia de su Madre, y el dolor infinito tuvo su traducción en aquellos dos corazones. El Hombre Dios llegaba al límite de los dolores y el escarnio.

¡Qué representación más perfecta de este dolor por la Vía Dolorosa nos muestra Nuestra Señora!

tro Nazareno de Santiago el Mayor! Debido a la gubia de Tomás de la Huerta, del que no se conocen más obras en la historia de la imaginería española. ¿Sería un cacereno que dejó su obra única al amor de sus paisanos para que fuera, para siempre, el eje del fervor del pueblo? En el rostro de nuestra imagen están expresados el dolor, el sufrimiento, el límite de sus fuerzas humanas. Camina la vieja Real Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno por las calles estrechas de nuestro Barrio medieval, cuando la mañana empieza a lucir, por la vía bordeada de murallas. Nuestro Padre Jesús, con su Cruz a cuestas es la expresión del infinito dolor, sobre el bosque de las torres que dan guardia a la muralla. Madrugada del Viernes Santo. ¡Quién pudiera cantarte! Cuando pasa Jesús Nazareno por el Viejo Cáceres, con su cara ennegrecida, sus labios entreabiertos que son la anhelante respiración del moribundo, cargado con la enorme Cruz de nuestras culpas humanas, cuando parece que el infinito limita con su sombra:

(Querido Santos Floriano: Tú, desde el Cielo, haz que sepa cantarlo).
... Cuando las Torres van en su sombra de

silencio avisando el paso del Señor por el eterno Cáceres de las sombras y de la luz, entonces roto los ojos sobre el aire, las gentes de Cáceres, están respirando el Mensaje del Amor.

Y con ternura, no exenta de su indestructible fe, parece que canta la yerba de los torreones en un himno acongojante, silencioso, porque sobre las almas cacereñas, sube el silencio cantando la luz del silencio vivo.

Y el gran Peregrino del Amor, nuestro Nazareno de ayer y de siempre, al que los Viernes de todo el año decimos «Señor, tenemos de muestra la última razón de nuestra Oración implorando perdón, diciendo: «Este es el Camino de la Verdad y de la Vida. Seguidme en esta tremenda peregrinación de penitencia y seréis bienaventurados eternamente».

Y cuando con las primeras luces del día llega a Santiago el Mayor, historia viva del Cáceres cristiano de tantos siglos, la procesión de Nuestro Padre Jesús Nazareno ha terminado su caminar de amor. Y sus Pasos de La Magdalena. La Verónica, La Caida de Jesús, El Calvario, El Cristo de las Indulgencias y La Virgen de las Angustias, con el ritmo lento y severo de nuestro viejo estilo de

solemnidad y de ascetismo, nos muestran la contemplación de la Crucifixión del Salvador en el Gólgota o Monte de las Calaveras. Allí está solo, como estuvo solo en la noche. Ya no tiene ningún día ante sí ni más camino que andar. Ha terminado su peregrinación con el rostro húmedo de sudor frío y de sangre.

Y en el fondo de su alma, como un canto de victoria, brotan sus palabras suavemente: PADRE, PERDONALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.

Nunca antes de aquel día han imaginado los hombres que se pudiera pedir perdón por los que nos dan la muerte.

Se lanzan los vituperios por la sucia espuma de humanidad vociferante. Y Cristo, en su Cruz, en la soledad absoluta muestra su naturaleza humana: SEÑOR, SEÑOR, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO? Es el primer verso de un salmo que él se había repetido durante su vida pública.

Cristo agonizante, viendo la soledad de la Madre, la que le había mecido en la cuna, nos la entrega: MADRE, HE AHI A TU HIJO.— HIJO, HE AHI A TU MADRE.

¡Virgen de las Angustias, Virgen Dolorosa, Virgen Corredentora, Virgen de la Esperanza,

Virgen de la Misericordia! Con estas advocaciones el pueblo de Cáceres llora la inmensa pena de tu Hijo-Dios en los desfiles de su Semana Mayor.

Pero antes de entregar su alma a Dios, con sus dos últimas palabras: Todo está consumado En tus manos encomiendo mi espíritu, el Señor pronuncia dos palabras sublimes; TENGÓ SED.

Es el anhelo divino de la sed de almas, de la sed de justicia, de la sed de amor, de la sed tremenda de la humanidad doliente por los siglos venideros.

Cuando Jesús Nazareno, inclinando la cabeza, rindió el espíritu, y el velo del Templo se rasgó, la tierra tembló, el sol tuvo un fulgor rojo y siniestro, las rocas se resquebrajaron y se abrieron las tumbas, sólo los espectadores fueron más duros que las piedras.

Sobre esa Cruz gigantesca que todavía gotea sangre, está la fe y la esperanza de la unión con el Padre. Y en nuestros Crucificados, Cristo del Perdón, Cristo del Humilladero, el Cristo de las Indulgencias, el Cristo de la Buena Muerte, el Cristo del Calvario y tantos otros que jalonen nuestro vivir cacereño, están grabadas las palabras del Gólgota, la última y definitiva lección del Maestro de los Hombres.

La mañana del Viernes Santo nace el silencio...

Silencio y luto en los Templos y en la calle. Silencio y luto en las almas y en la maternidad. Silencio y luto en la Ciudad y en las montañas: en los campos y en los Valles...

Silencio por la muerte del Salvador... Has ta que el Cristo del Calvario de los Estudiantes llena el Cáceres del mediodía con su Paso lleno de claveles amorosos.

¡Cristo de los Estudiantes! De tu figura expresiva emana, en la mañana clara del silencio y del dolor, el grito de TENGÓ SED para las juventudes cacereñas.

Tienes sed, Señor, de que te sigan las nuevas generaciones.

Tienes sed, Señor, de que se integren en el misterio filial que incluye el reto y consentimiento de nuestra libertad.

Tienes sed, Señor, de que por encima de tanta idea disolvente, de tanto embriagamiento humano, sepan los jóvenes seguir tu Camino.

Tienes sed, Señor, de que los nuevos tiempos no empañen las viejas y eternas palpitations del Cáceres cristiano.

Tienes sed, Señor, de que tu pueblo man-

tenga la llama viva del amor a tu Madre, que nos entregáste al pie de la Cruz como mediadora de todas las gracias.

... Y al paso del Cristo de los Estudiantes, las Torres de la Plaza Mayor rinden silencio y forman cortejo. Torre del Bujaco, Torre de los Púlpitos, Torre de la Yerba, Torre del Horno, procesión viva de historias de martirio, de vida y de fe. Guardianas en vela permanente de las esencias del ser cacereño, vuestra vigía de siglos en la Plaza Mayor de Cáceres, al mediodía del Viernes Santo, nos traducen el milagro de piedras cantando al milagro del amor

Rememoramos, al compás de la Cofradía de la Soledad y el Santo Entierro, en la tarde del Viernes Santo, el traslado de Jesús a la transitoria tumba que le dieran José de Arimatea y Nicodemus.

Desfile con la seriedad de esta insigne Hermandad penitencial. La silueta afilada y augusta del Señor, en urna mortuoria, transmite el paso serio, severo como nuestro paisaje, serio como las túnicas negras y orantes de los hermanos, de los hombres que con ritmo grave, solemne y pausado dan testimonio de que no profanamos tus llagas, Señor, viéndolas de carnaval sino de luto.

Y este desfile de hombres termina con el acompañamiento de la Virgen de la Soledad, que con su dolor sabe que con el Mártir de la Cruz el Cielo ha descendido y que el día que acabó ha grabado su nombre en la Historia:

¡No llores más Soledad
tras el Hijo tan querido.
Que en el Sagrario bendito
nos da el Pan de eternidad!

No llores más, Soledad, porque tras este cortejo de dolor viene la Resurrección del Justo, el triunfo esplendoroso del Hijo de Dios sobre la Muerte, el Domingo exultante de alegría que el orbe cristiano viste con flores en gentil primavera.

Y sobre la ancha faz de la Tierra tiene plan-tada tu Hijo su sacrosanta Cruz, que es trono de cielo y de tierra.

Y las generaciones seguirán tras el Gólgota como única esperanza de encontrar a Dios. Y se seguirá peregrinando con el estilo viejo y nuevo de tu ejemplo imperecedero. Y nuesta conmemoración de su Pasión seguirá con

la hondura espiritual y la catolicidad profunda y extensa de sus enseñanzas. Y seguiremos llamando a nuestra Semana Mayor SEMANA SANTA CACEREA, pidiendo a tu Hijo que siga conservando la profundidad de los sentimientos de los hijos de esta tierra tuya, porque como dijo el poeta

«Fatídicos auspicios
resonarán en vano;
no es el destino humano
la humanidad sin Dios».

III Pregoneros

de la

Semana Santa de Cáceres

desde el año

1957 al 1978

Cáceres, 16 de Marzo de 1978.

Año 1957	Don Antonio Floriano Cumbreño
Año 1958	Don Francisco Elviro Mesequer
Año 1959	Don Juan Pablos Abril
Año 1960	Don Valentín Gutiérrez Durán
Año 1961	Don Francisco Montero Galvache
Año 1962	Rvdº Sr D. Ramón Cué Romano
Año 1963	Don Antonio Rodríguez Buzón
Año 1964	Don Federico Muelas Santa Cecilia
Año 1965	Don Antonio Rueda Sánchez-Malo
Año 1966	Don Carlos Calatayud Gil
Año 1967	Don Rafael Duyós Giergeta
Año 1968	Don José Luis de Azcárraga y Bustamante

- Año 1969** Don Julio Cienfuegos Linares
- Año 1970** Don José M.^a Cabodevilla
- Año 1971** Rvdo. Sr. D. Nicolás Sánchez Prieto
- Año 1972** Don Antonio Lucas Verdú
- Año 1973** Don Gregorio Marañón Moya
- Año 1974** Don Carlos M.^a Entrena Klett
- Año 1975** Don Ignacio Montaño Jiménez
- Año 1976** Don José M.^a Crespo Márquez
- Año 1977** Don Carlos Murillo Bernáldez
- Año 1978** Don Mariano Mariño Fernández
- Cáceres, Abril 1978
- 1.^o abril 1978

Manifestar externamente las propias creencias religiosas es un elemento constitutivo y esencial de la fe; y también de la fe cristiana. No hay verdadera fe donde ésta no se confiesa. No confesión es un acto externo que permite a todos identificar al creyente y los contenidos de su credencia. La vida de la Iglesia, que es la del Pueblo de Dios que ha profesado durante veinte siglos su fe en Cristo, está llena de testimonios perdurables – templos, imágenes, costumbres religiosas, actos litúrgicos... – de la fe que en cada momento y lugar ha profesado.

La fe es teologal, es decir, viene de Dios. Pero es, a la vez, un acto profundamente humano. Por eso su confesión externa, que arranca de lo más profundo de la persona, se reviste de todas las características de quien la profesa. Siendo una y misma la fe que todos los cristianos profesamos, esa profesión, las manifestaciones externas que la patentizan, tiene en cada sitio y

lugar unos matices, unos modos especiales de expresión, los cuales nacen legítimamente de la cultura y de los múltiples condicionantes de vida de los creyentes.

Nuestra Semana Santa Cácerena no es sino la confirmación inequívoca de cuanto acabo de decir.

Si hay procesiones es porque los cristianos de Cáceres, esos viejos cristianos que por fidelidad a sus creencias se están abriendo con tanta ejemplaridad a las nuevas exigencias que les plantea la Iglesia, necesitan confesar externamente aquello en lo que creen y hacer saber de una forma comprensible para todos los contenidos de su fe cristiana.

Y si nuestras procesiones de Semana Santa son como son y ofrecen esas perspectivas bellísimas que cautivan a propios y extraños, es porque el alma popular cácerena, creyente cien por cien, pero fundida en troqueles culturales y artísticos de primera categoría, sabe dar a cuanto hace ese toque preciso para que resulte hermoso lo sublime, entrañable lo bello, cercano lo magnífico, humano y grato lo divino.

Así es el alma de nuestro pueblo. Su enraizamiento en la fe cristiana y sus sueños de un futuro más atrayente van a estar presentes en

nuestras calles bellísimas cuando en esta Semana Santa de 1978 salgan las veneradas imágenes gritando con elocuencia sus fidelidades y proclamando a los cuatro vientos las honduras de su compromiso cristiano.

Cáceres, 8 de Febrero, miércoles de Cenizas,
de 1978.

+ JESUS, Obispo de Coria-Cáceres

*PREGONEROS DE LA SEMANA SANTA DE CÁCERES
(1957-2013)*

· 1^a ETAPA: COMISIÓN PRO SEMANA SANTA (1957-1978)

<i>Nº</i>	<i>AÑO</i>	<i>PREGONERO</i>
1	1957	Antonio C. Floriano Cumbreño
2	1958	Francisco Elviro Meseguer
3	1959	Juan Pablos Abril
4	1960	Valentín Gutiérrez Durán
5	1961	Francisco Montero Galvache
6	1962	Rvdo. Ramón Cue Romano
7	1963	Antonio Rodríguez Buzón
8	1964	Federico Muelas Santa Cecilia
9	1965	Antonio Ruedas Sánchez-Malo
10	1966	Carlos Calatayud Gil
11	1967	Rafael Duyós Giergeta
12	1968	José Luis de Azcárraga y Bustamante
13	1969	Julio Cienfuegos Linares
14	1970	Rvdo. José María Cabodevilla
15	1971	Rvdo. Nicolás Sánchez Prieto
16	1972	Antonio Lucas Verdú
17	1973	Gregorio Marañón Moya
18	1974	Carlos María Entrena Klett
19	1975	Ignacio Montaño Jiménez
20	1976	José M ^a Crespo Márquez
21	1977	Carlos Murillo Bernáldez
22	1978	Mariano Mariño Fernández